

Cómo citar / How to cite: Martínez Buendía, J. 2023. Los coptos: Últimos herederos. Barba Colmenero, Vicente. Editorial Pinolia, Córdoba, 2022, 192 pp. ISBN: 978-84-18965-09-8. *Antigüedad y Cristianismo* 40, 241-245. <https://doi.org/10.6018/ayc.567901>

LOS COPTOS: ÚLTIMOS HEREDEROS. BARBA COLMENERO, VICENTE. EDITORIAL PINOLIA, CÓRDOBA, 2022, 192 PP. ISBN: 978-84-18965-09-8

Recibido: 16-2-2023

Aceptado: 17-7-2023

El título en cuestión pertenece a la colección "Divulgación histórica" de la editorial Pinolia. Se trata de una obra que sirve de introducción al origen del cristianismo copto, expone su desarrollo a lo largo del tiempo y reflexiona en torno a la identidad de la población copta en el Egipto contemporáneo.

El autor de la obra es Vicente Barba Colmenero, arqueólogo e historiador, doctor en Patrimonio y Arqueología por la Universidad de Jaén y el Instituto Francés de Arqueología Oriental en El Cairo. Sus principales campos de estudio son el sur de la península ibérica y la antigüedad en el Mediterráneo Oriental. Dentro de este último ámbito destacan sus trabajos sobre Egipto, habiendo publicado numerosos artículos en revistas de ámbito internacional y artículos y capítulos de libro de carácter divulgativo. Actualmente es investigador del Proyecto Qubbet el-Hawa, Asuán, por lo que se trata de un amplio conocedor de la Antigüedad Tardía en Egipto.

La egiptología pertenece, muy probablemente, al género de divulgación histórica más popular. Para percatarse de ello tan solo basta con echar un vistazo a la programación diaria de canales televisivos que emiten documentales históricos (o pseudo-históricos). Sin embargo, como se señala en el prólogo, el foco de fascinación es siempre el mismo: el Egipto faraónico, sus monumentos y las incógnitas de su historia. El período copto parece haberse olvidado más allá del mundo académico y en el imaginario colectivo la historia antigua de Egipto termina con

Cleopatra. Es por ello que este libro viene a rellenar el hueco divulgativo existente respecto a este extenso periodo de la historia de Egipto y a arrojar luz sobre las raíces de una antiquísima comunidad cristiana que convive entre la mayoría musulmana.

El Egipto copto es una época de transformación, ampliamente marcada por la influencia extranjera. No obstante, no hay que desdeñar el sustrato cultural previo. En la introducción se nos plantean las claves que han articulado el devenir histórico de la civilización en el Egipto antiguo, dividido en el Bajo y el Alto Egipto. En primer lugar, el eje vertical que supone el Nilo como vía de comunicación en un territorio delimitado por el desierto y la Primera Catarata, y como dador de vida a través del control de sus crecidas. Estas van a marcar las construcciones ideológicas egipcias respecto al mundo que los rodea. Sin ir más lejos, otra clave histórica fue la figura del faraón, garante del *maat*, el orden natural de las cosas. Para esta tarea se verá apoyado por un fuerte aparato administrativo que se basaba en el control del sistema económico. A la aportación de los griegos hay que sumar la de los romanos después, etapa en que se desarrolló el mundo copto hasta hoy.

Para facilitar la ubicación cronológico-espacial de los periodos en que se divide la historia antigua de Egipto, el autor ha expuesto un cronograma de las etapas previas a la llegada de Alejandro Magno desde el periodo predinástico primitivo hasta el segundo periodo persa, cada uno de ellos con

un breve párrafo explicativo que condensa la historia política de los mismos y las dinastías gobernantes.

El primer capítulo se dedica al Egipto grecorromano. Durante el reinado de la dinastía ptolemaica los mitos egipcios continuaron vigentes, hasta el punto de que no se produjeron cambios drásticos con respecto a las etapas anteriores. A esta etapa, sin ir más lejos, corresponden la mayor parte de los templos conservados actualmente. Ejemplos de la pervivencia de los ritos es la propia coronación de Alejandro como faraón y su honra a los dioses en Menfis, lo que le convierte en restaurador del *maat*. Otra prueba es que los sacerdotes recuperaron su poder. El territorio siguió dividido en *nomoi*. Se produjo una importante migración de griegos, principalmente soldados, a la tierra del Nilo, destacando la fundación de Alejandría. Estos griegos ocuparían el lugar preponderante en la sociedad, ocupando los altos cargos. Los egipcios nativos se encontraban en segundo lugar, y si querían ascender socialmente debían helenizarse. La base de la sociedad eran los esclavos.

El segundo capítulo va a centrarse en el período romano y en los orígenes de la religión cristiana en Egipto. La conquista romana supuso el fin de la independencia política egipcia con el fin de la teocracia helénica. Las funciones que se habían asociado al faraón corresponden a partir de ese momento a un prefecto nombrado en Roma. Egipto se convertirá en un pilar económico del Imperio romano gracias a su producción agrícola y la importación de bienes exóticos. Durante esta etapa se llevó a cabo el patrocinio de templos y se exportaron cultos al resto del Imperio, destacando los de las divinidades Isis y Serapis. También aparece la escritura copta. Por otra parte, tiene lugar la llegada de la religión cristiana, que convertirá Egipto en una de sus tierras más fértiles para el arraigo de creyentes. Sus orígenes se han vinculado con la presencia de San Marcos en Alejandría, por aquel entonces el puerto más poblado e importante del Mediterráneo

oriental y ciudad en la que habitaba una numerosa comunidad judía. Los cristianos se valieron de la división administrativa en *nomoi* para crear sus propias diócesis y, tras el triunfo de su fe, transformaron el paisaje usando los antiguos templos y necrópolis como iglesias, monasterios y eremitorios.

El tercer capítulo se dedica por completo al cristianismo copto, su desarrollo y su sincretismo con las antiguas creencias y símbolos egipcios. Para explicar la adopción de símbolos de las antiguas creencias egipcias por los cristianos hay que tener en cuenta que en época romana se había producido un declive del poder de los templos, pero el simbolismo religioso relacionado con el poder político, las festividades y la vida cotidiana estaba muy arraigado. De esta forma, se mantienen imágenes con un significado muy parecido al original, solo que cambian sus protagonistas. Es el caso de Isis amamantando al niño Horus, que pasa a ser la *Virgo lactans*; o los "santos caballeros" San Miguel, San Jorge o San Sisinio arponeando al diablo, que recuerdan a Horus en su barca venciendo a Seth en forma de cocodrilo. El significado común es la victoria del bien sobre el mal, el restablecimiento del *maat*. Otro ejemplo es la pervivencia de papiros mágicos hallados en varios monasterios. Egipto fue una prolífica tierra para el cristianismo primitivo, habiendo dado eminentes personajes como Orígenes o San Atanasio y siendo sede de la *Didaskaleion*, la escuela teológica de Alejandría. En los debates cristológicos ocupó una posición primordial al ser sede de las prédicas de Arrio. Contra la doctrina arriana se producirá una fuerte respuesta de la doctrina monofisita. La práctica o creencia en una doctrina cristiana particular no es cuestión baladí: el autor sostiene que los obispos y las autoridades egipcias utilizaron el monofisismo para distanciarse del dominio romano-bizantino. En cuanto al paganismo, el cristianismo se convirtió en religión mayoritaria entre los siglos IV y V, produciéndose episodios violentos y represivos contra las creencias tradicionales como la

destrucción del templo de Serapis o el cierre del templo de Philae ya en 537. Finalmente, Egipto se convirtió en un crisol de doctrinas cristianas, división que facilitó la conquista islámica en 641.

El cuarto capítulo versa sobre la génesis y el desarrollo de la lengua copta y su alfabeto. Al tratarse de una tierra hogar de varios pueblos también se hablaban distintas lenguas, entre las que sobresalían el griego y el egipcio, que siguió siendo la lengua principal en el mundo rural. El alfabeto copto, que surge en el siglo I aunque no se generaliza hasta el siglo IV en detrimento del demótico, sustituye el complejo alfabeto jeroglífico, que estaba reservado a los templos. Reproducía el idioma egipcio original, por lo que mantiene las estructuras mentales tradicionales, por medio de un alfabeto similar al griego al que se añaden siete letras. La lengua tenía sus propios dialectos: sahídico o tebano (que se convirtió en el copto clásico), ahmímico, subahmímico, fayúnico y bohaírico o menfítico (que actualmente se emplea como lengua litúrgica entre los cristianos coptos). Tras la conquista árabe, el copto comienza a ser sustituido por el árabe, aunque vivirá todavía un amplio período de auge debido a la prohibición del uso del griego, lo que lo convertirá en lengua de la administración junto al árabe hasta el s. XI. Hasta finales de la Edad Media no se da la extinción del copto como lengua vernácula. Especialmente significativo fue el hallazgo de los papiros de Nag Hammadi. Otro ejemplo mencionado es el uso de *ostraca*, dentro de los cuales se han documentado tipos cerámicos destinados a la comunicación entre monasterios.

El capítulo quinto trata el arte copto como herencia del antiguo arte egipcio. Como elemento visual de la cultura copta, el arte se vio influenciado por la mitología grecorromana y las formas artísticas helénicas. Entre las características de este arte pueden mencionarse la exageración en la ornamentación, los tamaños, el uso de colores fuertes y dorados, además de un simbolismo religioso que es posible apreciar en la

representación de animales y la repetición de imágenes tradicionales egipcias, como el ojo de Horus o *Udyat*. Otros símbolos se dotaron de significado cristiano, como el *ankh*, que se equiparó a la *crux ansata*. En cuanto a la arquitectura, hasta el siglo V, cuando aumenta la edificación de iglesias, hasta entonces había primado la reutilización de edificios anteriores tras su pertinente purificación. Al mismo tiempo, la arquitectura se ve determinada por el ideal monástico, que huye de la monumentalidad, y por la situación geográfica, pues las construcciones del delta se vieron más influenciadas por el estilo bizantino. En la pintura se desarrolló el uso de los iconos. Existía un precedente de la pintura sobre tabla en Egipto, los célebres retratos del Fayum. Los coptos dominaron la producción de cerámica artística, cuya elaboración estaba en manos de monjes, como han revelado los hallazgos arqueológicos. Entre los tipos de decoraciones destacan los motivos geométricos y, a partir del siglo V, motivos figurativos inspirados probablemente en los tejidos, que podían representar formas vegetales, animales domésticos, salvajes o figuras humanas.

El tema central del capítulo sexto es el fenómeno del monaquismo y su importancia dentro del cristianismo primitivo y del cristianismo copto. Se plantea que las huidas al desierto o a lugares retirados podrían tener su origen en la Gran Persecución. Estos solitarios abandonaban su antigua forma de vida y sus pertenencias y se aventuraban en el desierto inspirados en Jesucristo y personajes veterotestamentarios para practicar la oración, el celibato y el ayuno. A pesar de que el criterio de elección de un lugar para establecer un monasterio podía variar, en todos se observa un patrón común: siempre se sitúan allí donde anteriormente había habido un espacio en época faraónica, ya sea un templo o una necrópolis. Hay que distinguir entre los anacoretas, que vivían en solitario, y los cenobitas, que formaban una comunidad organizada por medio de una regla. Al mismo tiempo, ambas formas de monaquismo

podían complementarse. A veces los eremitas formaban un grupo a partir de un maestro y sus discípulos, constituyendo una *laura*. Los integrantes del cenobio debían despojarse de su vestimenta y adoptar el hábito monástico, cargado de simbolismo. El más grande de los monasterios fue el Monasterio Blanco de Shenute. También merece la pena destacar a San Pacomio, a quien se considera el fundador del cenobitismo, y a San Antonio, tradicionalmente considerado el primer eremita, que cuenta con su propio monasterio visitable en la actualidad. El fenómeno del monaquismo también afectó a las mujeres, apareciendo las denominadas Madres del Desierto, que establecieron numerosos monasterios femeninos de los que se tiene constancia por las fuentes escritas y algunas pinturas.

El capítulo séptimo es una introducción a la arqueología copta y un pequeño apartado dedicado al calendario copto, cuya disposición de meses desvela la importancia de la agricultura para la sociedad egipcia. En primer lugar, el autor matiza que la denominación de arqueología "copta" es usada en lugar de arqueología bizantina porque su origen se halla en el siglo XIX, influido por el nacionalismo que buscaba una identidad egipcia frente a las potencias extranjeras. La cronología bajo la cual se encuentra se sitúa entre los años 395 y 642. Ya en la *Description de l'Égypte* de Vivant Denon hay materiales descritos de época bizantina. Sin embargo, a pesar de la realización de excavaciones en algunos monasterios a finales del XIX y principios del XX, el interés por el mundo copto era secundario en comparación con el Egipto faraónico debido a que en la ciencia arqueológica todavía primaban criterios artísticos. Un claro ejemplo de esto es la excavación llevada a cabo en la isla de Philae con motivo de la construcción de la primera presa de Asuán, pues se consideraba que los restos de valor eran los situados debajo de las casas e iglesias coptas. Varias décadas después se procedió al traslado de los edificios antiguos a una isla cercana, pero los restos cristianos fueron cubiertos por el Nilo. El interés por la

arqueología copta se intensificó en la década de 1970, con los primeros estudios serios sobre las cerámicas tardorromanas realizados por William Y. Adams, Helen Jacquet-Gordon y Michel Egloff. Otro gran hito de la arqueología copta fue la publicación en 1987 del primer volumen de los *Cahiers de la Céramique Égyptienne*. En los últimos años ha aumentado el número de las excavaciones arqueológicas.

El capítulo octavo trata el destino posterior de la comunidad copta desde la conquista islámica hasta los últimos años. Es posible observar diferencias en el trato a los coptos durante las distintas etapas de dominación musulmana. En los tres primeros siglos existe tal tolerancia que incluso se ha atestiguado la construcción de iglesias. No obstante, en el periodo fatimí fueron frecuentes los ataques de tribus beduinas a los monasterios coptos, además de que se les exigió una mayor contribución fiscal. Estos hechos causaron un aumento de las conversiones al Islam. Durante el periodo ayubí se asiste a un renacimiento que duró un siglo hasta que de nuevo, con el establecimiento del sultanato mameluco se iniciaron las revueltas y las persecuciones. Egipto guardó cierta autonomía durante el dominio otomano, aunque la comunidad copta se consideraba en decadencia. Desde la expedición napoleónica aumenta el interés de las potencias europeas en la tierra del Nilo. Como se ha comentado anteriormente, será en el siglo XIX cuando se forje la identidad nacional egipcia como una amalgama de las identidades culturales copta, musulmana y árabe, pero prácticamente hasta nuestros días los coptos han sido objeto de discriminación.

En el noveno y último capítulo el autor expone su propia experiencia en Egipto y con la comunidad copta, cuyo modo de vida actual describe. Estas experiencias incluyen el aprendizaje adquirido a través de su trato personal con amigos coptos, sacerdotes, abades y una entrevista realizada con el papa copto Tawadros II. El autor incluye después un glosario de los términos relativos a la historia de Egipto y al cristianismo copto que aparecen

en su obra. Antes de los agradecimientos presenta una extensa lista de la bibliografía empleada y ordenada por capítulos.

Podemos concluir afirmando que esta obra emprende la tarea inexplorada de acercar la historia copta fuera de los muros del mundo académico. No obstante, el pasado de los coptos no es tanto una polvorienta reliquia del pasado que descubrir y admirar desde un lejano prisma. El relato histórico de los coptos, y he aquí el interesante enfoque que ha presentado por el autor, entronca directamente con una comunidad minoritaria en Egipto con un considerable número de miembros, que ha tenido que atravesar diversas vicisitudes a lo largo de su existencia. Este libro permite aproximar al lector a una visión de Egipto como mezcla de culturas y religiones. El manejo de este conocimiento es una prueba más de que la historia antigua y la arqueología son herramientas de un valor extraordinario para comprender las cuestiones y los problemas de las sociedades del presente.

José Martínez Buendía
Investigador Independiente
Murcia, España

jose.marbu@hotmail.com
orcid.org/0000-0002-4148-6575

